

Murcia: Un mes. 1 peseta.
Resto de España: un trimestre. 3.50 id.
Precio de la venta
5 cént. ejemplar y 25. 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:
SELGAS, 4. - MURCIA.

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

MURCIA.-Jueves 28 de Marzo de 1907

Año 11

Núm. 179

NON EST HIC

Hay en el fondo del alma popular, existe en la conciencia de la humanidad una causa ignorada, un impulso inicial han heteróclito, que obliga a un país, que mueve a medio mundo a postrarse de hinojos, ante un recuerdo de una época pasada.

El inculpado sacrificio perpetrado en la persona material del dios-hombre obliga de tal manera al mundo que ofrenda ante la suprema divinidad de Dios uno y trino, que todos, quien mas, quien menos, y regateese ó no por los fanáticos, viven el momento de meditación solemne y consideran la persona material de Jesús como germen de algo que escapa a la percepción humana.

La pasión y muerte del mártir del Gólgota, si no hubiese que considerarla de manera distinta, sería bastante para decir que fué la pasión y muerte de un dios. Los dioses no sólo saben vivir como deben; mueren también como tales.

Jesús en la oración de la Montaña no habla a un pueblo; habla a la humanidad. Así sus palabras vencen el paso de los años y presencian incólumes el monótono desvariar del tiempo.

El hierodrama del Calvario, sea con una humanidad creyente, sea con una atea, siempre será el mismo. El nos da imagen de lo que son las glorias humanas.

El hierodrama del Calvario, sea con una humanidad creyente, sea con una atea, siempre será el mismo.

Agua de salud

Une femme de Samarie
vint puiser de l'eau Jésus
lui dit: -Donne-moi à boire.

No fué en la tierra fértil
y en la oriental mañana
de sol rubio y alegre
cuando mi fe te ha visto?

Después de largas noches
de vicio y roja orgía,
persigo, ocultamente,
tu paso por la sombra;

Pero hoy ya no traduces
la frase del Profeta
—arroyo fimplo y manso
de linfa azul: «Yo he sido»

¿No fué también impura
tu madre, cortesana
viciosa del moderno
salón y de la calle?...

¿No reconoces en mí su acento?
Pues soy apóstol suyo!
Si de beber me dieras

mi sed, mi amor trocará
en líquido azulado
tu vida... ¡Si sintieras
y á la esperanza te convirtieras!

Mas sé que en nuestro siglo
mi amor á ti es un mito...
Aunque es en tierra fértil
y en la oriental mañana

Y es triste, ¡horrendo acaso!,
que siga estérilmente
mi planta tras la planta
nocturna de tu vida

del batallar constante...
¡Quimera de mis sueños!...
Tus vicios y pecados
bebían líquidos azulados;



Epistolario Místico

A un amigo dolorido

El soplo de la desgracia ha aventa-
do las ilusiones y las esperanzas
de tu vida y las ha encerrado en
el alaud que guarda el cuerpo de
tu madre.

Me dices que eres doblemente digno de
lástima porque tu corazón, huérfano de fé,
solloza sin consuelo, herido por la zarpa
helada del Destino.

Tú, hijo amoroso que velaste su cuerpo,
que cubriste su rostro con tu propio pañue-
lo, que recogiste sus cabellos, que enjugas-
te su sudor, tú que—añ dudando de su efica-
cia divina—colgaste á su cuello un esca-
pulario de la Virgen de los Dolores, tú que
has hecho todo esto con unos restos frios
destinados á la tierra, ¿qué vas á hacer aho-
ra con todo ese amor y con toda esa piedad
que tienes en el corazón?

Tú eres artista, busca á Dios en la belle-
za.
Yo no te aconsejaré jamás lo que aconse-
jaba Flaubert á un literato dolorido por la
muerte de su esposa: «Haz de tu dolor el
rico filón de tus inspiraciones y el instru-
mento exquisito de tu Arte».

¿No reconoces en mí su acento?
Pues soy apóstol suyo!
Si de beber me dieras



¿Sabe alguien lo que es ese asilo tan seguro, tan inviolable, más fuerte que el amor, que el espacio y el tiempo?

¿Lecturas ascéticas?... ¡Qué sé yo!... Húmedos aún tus ojos por las lágrimas no te conviene leer el Kempis.

El Arte será sin duda para tí un consuelo dulcísimo, que adormecerá poco á poco, con la ayuda del tiempo, esas ansias indefinibles que te ahogan, por tenaces y testarudas que sean; pero ese Arte ha de ser el esgruido, el puro, el immaculado, el que esté á mil leguas de todo este renacimiento pagano y de todas estas filosofías de nuevo cuño que sorprenden, deslumbran y encantan porque suelen mendigar la compañía de nuestra reina y señora la Estética, pero que se pueden clasificar entre las cosas que seducen á los veinte años y hacen bofezar á los cuarenta.

Los que buscan nuevas vías, van guiados por el dios Egoísmo.
«Abogar el yo! ¡Qué inmenso sacrificio, qué milagroso desprendimiento! Desgarrar sus manos y ensangrentar sus pies caminando sobre las más ásperas cimas, para ceder al prójimo las suaves planicies y los senderos floridos! Esa empresa, pese á los comparsas y salóides de Nietzsche, es de almas heroicas!

Tú sabes que las raíces del alma tocan al infinito. Riega esas raíces, y riégalas, no lacerándote el corazón con desesperaciones y rebeldías, sino con llanto tranquilo y manso y con las dulzuras de la contemplación. ¡Cómo va á dejar Dios burladas y abandonadas en su miseria, á tantas almas enamoradas del infinito que gimen y suspiran!

¿No reconoces en mí su acento?
Pues soy apóstol suyo!
Si de beber me dieras

¿No reconoces en mí su acento?
Pues soy apóstol suyo!
Si de beber me dieras

¿No reconoces en mí su acento?
Pues soy apóstol suyo!
Si de beber me dieras

¿No reconoces en mí su acento?
Pues soy apóstol suyo!
Si de beber me dieras

rápido en busca de nuevo nido, y di de rodillas con el dulce Poeta: ¡Benditos sean los relámpagos aunque brillen en una noche negra, porque á su luz cárdena hemos contemplado el cielo!

ENRIQUE MARTÍ

A LA VIRGEN

El que sufre te invoca en sus dolores, El que goza te aclama en su alegría; Del que muere consuelas la agonía, Del que nace la cuna ornas de flores.

El sol de tu bondad, con sus fulgores Disipa del error la niebla fría; Tu fe es la luz que nuestros pasos guía, Tu amor es el amor de los amores.

El débil á tus pies se torna fuerte, Con tu favor se alcanza la victoria. ¡Quien podrá no adorarte y no tenerte

Como en sagrado altar en la memoria? Al hijo de tu amor le dimos muerte... ¡Y aún nos abres las puertas de la gloria!

CARLOS CANO

NOTAS

LOS anduvimos gran parte de la ciudad, temerosos de ser conocidos como sus discípulos y deseando con toda el alma hallar uno solo siquiera de los que tantas veces habían seguido. La ciudad, no obstante, aparecía muda.



Los que buscan nuevas vías, van guiados por el dios Egoísmo.

«Abogar el yo! ¡Qué inmenso sacrificio, qué milagroso desprendimiento! Desgarrar sus manos y ensangrentar sus pies caminando sobre las más ásperas cimas, para ceder al prójimo las suaves planicies y los senderos floridos! Esa empresa, pese á los comparsas y salóides de Nietzsche, es de almas heroicas!

Tú sabes que las raíces del alma tocan al infinito. Riega esas raíces, y riégalas, no lacerándote el corazón con desesperaciones y rebeldías, sino con llanto tranquilo y manso y con las dulzuras de la contemplación.

¿No reconoces en mí su acento?
Pues soy apóstol suyo!
Si de beber me dieras

¿No reconoces en mí su acento?
Pues soy apóstol suyo!
Si de beber me dieras

¿No reconoces en mí su acento?
Pues soy apóstol suyo!
Si de beber me dieras

La fatiga doblaba sus rodillas y caía, un le ve aspirar salía de sus labios entrecerrados y decoloridos. Era todo el dolor de la Humanidad, que solo podía sufrir y sob llevarlo un hombre que era Dios.

Of un sollozo á mi espalda. Aunque estaba muy apartado de la chusma, en torno mio había algunas personas, del bajo pueblo todas. Me volví y vi una mujer llorando. Era Claudia, la infesta, la que tantas veces había yo visto postrada á los pies del Maestro y besar la orla de su túnica. Y como estábamos en un alto, y á nuestros pies, en una curva ondulante, teníamos la ciudad entera, creyendo en Dios al paso de su Hijo sacrificado. Claudia se sintió dominada por el deseo de maldecir, y maldijo, á todo el pueblo, á la ciudad... ¡Maldita, mil veces maldita!

CELSO DE VIVERO.

En la muerte del Justo

ARBOLAS tristes ¡llorad! que no se oiga siquiera el tenue rumor del viento arábigo acariciar las juguetonas hojas opalinas doradas por los destellos rientes de una primavera eterna; unid vuestro llanto de amargura al del oasis silencioso y sea vuestra planifera acompañada del rugido aterrador de las fieras tristes, del ronco bramador de las rocas que se resquebrajan, del eco morlecino de las tumbas que se abren con llanto de difuntos, mientras que el velo sagrado del Sancta Sanctorum se rasga, la tierra se conmueve dolorida, llorosa, y el Universo tiembla al parpadear misterioso de las estrellas que destilan lágrimas sobre las nieblas que obscurecen la tierra acompañando el gemebundo ocazo del sol.

Llorad, si, llorad todos; avecillas del cielo, mares azules, mundos y soles ignorados; llorad quejumbrosamente como la llama del hogar cuando asciende hacia el infinito azul mientras Cristo expira en la Cruz.

No muere sólo; su agonía es cruenta como el postrar suspiro de la Justicia, como el eclipse de la Verdad, como el del Amor...

Arriba reina el Ideal descendiendo en forma de nubes que se deslizan suavemente bajo los pies del Justo; abajo queda el dolor de una madre amantísima sin poder besar por última vez el moribundo cuerpo ensangrentado de su Hijo, ni aspirar con la sublime ternura de maternidad santa el agónico suspiro de su amado, ni sostener sobre su seno lacerado la divina cabeza coronada de espinas...

La soldadesca desenfrenada, ebria de sangre inocente, desciende de la cumbre salpicando de infamia la tierra que pisa como si el abismo, gigante avasallador, vomitara eternamente el mal de sus fauces asquerosas.

Criste muere... Una Madre llora... El gran símbolo de la vida ¡sueño y dolor!

Lloremos, con el espíritu en el Gólgota, la gran conquista del mundo; lloremos con el crepúsculo, á la luz, en Epheso y Antioquia, en Philippos y Tesalónica; en Atenas y Corinto; en Colosos y Laodicea, y jamás, ante las rudas fatigas del camino murmuren nuestros labios una queja; nunca, en la insensata prolongación de nuestros viajes en busca de la verdad, abandonemos el recuerdo de Cristo en el Gólgota...

Lloremos... Lloremos en Selencia, sobre la desolación de aquellos grandiosos monumentos de otras edades gloriosas; lloremos en Roma sobre la liza ensangrentada, lloremos también las amarguras que la suerte nos ofrece en los cortos días que nos quedan de vida.

El olvido de Cristo perdonando á sus enemigos avecina días muy tristes, arriba el ideal, abajo...

Lloremos, Madre, lloremos... Reyes nuestros son el sueño y el dolor que no retiran jamás su mano de aquella que sacrificó á Jesús en el Calvario. Lloremos ¡salve, Madre, salve!

FEDERICO ORTEGA

(1) Trozos tomados al azar del libro en preparación «Historia de una semana».